

28 Agosto 76 St 5 31-2
GASPAR, EDITORES.

MIGUEL STROGOFF

DE

MOSCOU À IRKOUTSK.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA.

Cuaderno tercero.



MADRID

IMPRENTA DE GASPAR, EDITORES

(ANTES GASPAR Y ROIG)

Príncipe, 4

1876

L47
2656

7231

348 P. 1. 1875

WILHELM STROGOTT

MOSCOW A. IRKOUTSK

1875



1875

1875

Res. 2000. 277-2656

—Y probablemente se dirigirá usted de Perm á Ekaterinburg, pues que es el camino mejor y mas seguro, por donde pueden atravesarse los Montes Urales.

—Probablemente.

—Una vez atravesada la frontera estaremos en Siberia, es decir, en plena invasion.

—Es verdad.

—Pues bien, entonces, y solamente entonces, habrá llegado el momento de decir : cada uno para si, y Dios para...

—Y Dios para mí.

—¡Dios para usted nada mas! Muy bien. Pero, pues que tenemos delante ocho dias, por lo menos, de neutralidad, y pues que, ciertamente, no han de llover las noticias en el camino, seamos amigos hasta el momento en que lleguemos á ser rivales.

—Enemigos.

—Eso es, justamente, enemigos. Pero hasta entonces, obremos de acuerdo y no nos devoremos mutuamente. Yo prometo á usted, por lo demas, guardar para mí todo lo que pueda ver.

—Y yo todo lo que pueda oír.

—¿Está dicho?

—Está dicho.

—Deme usted la mano.

—Aquí está.

Y la mano del primer interlocutor, es decir, cinco dedos muy abiertos, sacudió vigorosamente los dos dedos que le tendia flemáticamente el segundo.

—A propósito, dijo el primero, esta mañana he



7
Goyas Pitor

podido telegrafiar á mi prima el texto mismo del decreto. Puse el telégrama á las diez y diez y siete minutos.

—Y yo puse el mio para el *Daily-Telegraph* á las diez y trece.

—Bravo, señor Blount.

—Magnífico, señor Jolivet.

—Ya tomaré el desquite.

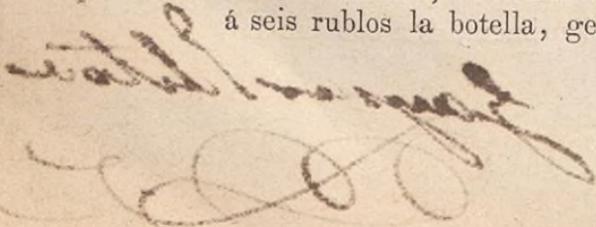
—Será difícil.

—Lo procuraré, sin embargo.

Diciendo esto el corresponsal francés, saludó familiarmente al corresponsal inglés, el cual, inclinando la cabeza, le devolvió el saludo con una rigidez enteramente británica.

El decreto del gobernador no concernía á los dos cazadores de noticias, pues que, ni eran rusos, ni extranjeros de origen asiático. Habian, pues, salido de Nijni-Novgorod, y si salieron á la vez, era porque el mismo instinto les impulsaban hácia adelante, y naturalmente habian tomado el mismo medio de transporte, pues que seguian el mismo camino hasta las estepas de Siberia. Compañeros de viaje, amigos ó enemigos, aun les faltaban ocho días, antes que se *abriese la caza*. Entonces ganaria el mas diestro. Alcides Jolivet habia dado los primeros pasos, y Enrique Blount habia aceptado, aunque friamente, sus ofertas.

De todos modos, en la comida de aquel dia, el francés, siempre franco y hasta un poco locuaz, y el inglés, siempre reservado y grave, brindaban á la misma mesa, bebiendo un Cligquot auténtico de á seis rublos la botella, generosamente elaborado



con la sávia fresca de los abedules de las cercanías.

Miguel Strogoff, al oír conversar de aquella manera á Alcides Jolivet y Enrique Blount, dijo :

—Probablemente encontraré yo en mi camino á estos dos curiosos discretos. Me parece prudente mantenerlos á cierta distancia.

La jóven libonia no se presentó á la mesa. Dormía en su camarote, y Miguel Strogoff no quiso que la despertaran. Llegó la tarde y tampoco se presentó en el puente del *Cáucaso*.

El largo crepúsculo impregnaba entonces la atmósfera de una frescura que los pasajeros buscaban ávidamente, despues del gran calor del dia. Cuando la hora fué ya algo avanzada, la mayor parte pensaron en volver á los salones ó á los camarotes. Tendidos sobre los bancos respiraban con delicia aquella brisa, aumentada por la celeridad del vapor. El cielo, en aquella época del año y en aquella latitud, apenas se oscurecia entre la noche y la mañana, y daba al timonel facilidad para dirigir el buque entre las muchas embarcaciones que subían ó bajaban por el Volga.

Sin embargo, entre las once y las dos de la mañana, siendo entonces luna nueva, hubo una oscuridad bastante grande. Casi todos los pasajeros del puente dormían, y solo turbaba el silencio el ruido de las paletas del vapor, que azotaban el agua á intervalos regulares.

Una especie de inquietud tenía despierto á Miguel Strogoff. Iba y venía de un lado á otro, pero sin separarse de la popa. Una vez, sin embargo, llegó á pasar del cuarto de la máquina y se encon-

tró en la parte reservada á los viajeros, de segunda y tercera clase.

Allí dormían estos, no solo en los bancos, sino tambien sobre los fardos, y aun sobre las tablas del puente. Solo los marineros de cuarto permanecían en pié en el castillo de proa. Dos luces, una verde y otra roja, proyectadas por los faroles de estribor y de babor, enviaban algunos rayos oblicuos sobre los costados del buque.

Era preciso marchar con cierto cuidado para no pisar á los durmientes, caprichosamente estendidos acá y allá. La mayor parte eran mujiks, habituados á dormir sobre el suelo duro, y á quienes bastaban por toda cama las tablas de un puente. Sin embargo, habrían recibido muy mal, sin duda alguna, al torpe que los hubiera despertado de un puntapié ó de un golpe con el tacon de la bota.

Miguel Strogoff procuraba, pues, no tropezar con nadie, y marchando así hácia el otro extremo del buque, no tenia mas idea que combatir el sueño por medio de un paseo un poco mas largo.

Habia llegado á la parte anterior del puente y subia ya la escalera del castillo de proa, cuando oyó hablar á su lado. Se detuvo: las voces parecían venir de un grupo de pasajeros, envueltos en pañuelos y mantas, á quienes era imposible conocer en la oscuridad. Pero á veces, cuando la chimenea del vapor, en medio de las volutas de humo lanzaba penachos rojizos, algunas chispas parecían correr al través del grupo, como si millares de pajillas se hubiesen inflamado súbitamente, bajo la accion de un rayo luminoso.

Miguel Strogoff iba á continuar subiendo, cuando oyó mas distintamente ciertas palabras pronunciadas en aquella lengua estraña, que habia llamado su atención la noche antes en el campo de la feria: instintivamente se detuvo á escuchar. Protegido por la sombra del castillo, no podia ser visto ni tampoco podia él ver á los pasajeros que hablaban. Debió, pues, contentarse con prestar oído.

Las primeras palabras que se cruzaron no tenian ninguna importancia, á lo menos para él, pero le permitieron conocer precisamente las dos voces de hombre y de mujer que habia oído en Nijni-Nouvgorod, lo cual le hizo redoblar la atención. No era imposible, en efecto, que los gitanos, cuya conversacion habia sorprendido la noche antes, y que habian sido espulsados, como todos sus compañeros, estuviesen á bordo del *Cáucaso*.

Y le estuvo bien el escuchar, porque oyó claramente esta pregunta, en esta respuesta, en idioma tártaro.

—Dicen que ha salido un correo de Moscou para Irkutsk.

—Eso dicen, Sangarra, pero el correo llegará tarde, ó no llegará.

Miguel Strogoff se estremeció involuntariamente al oír esta respuesta, que le concernia tan directamente. Trató de reconocer si el hombre y la mujer que acababan de hablar eran los que él sospechaba que fuesen, pero la oscuridad era demasiado espesa y no pudo lograrlo.

Pocos instantes despues, Miguel Strogoff, sin ser visto, volvió á la popa del vapor y se sentaba en un

sitio apartado, poniéndose á reflexionar con la cabeza entre las manos. Al verlo, cualquiera hubiera dicho que dormía.

No dormía, ni pensaba en dormir. Pensaba, no sin viva aprension en lo que acababa de oír, y decía :

—¿Quién sabe mi partida, y quién tiene interés en saberla?

CAPITULO VIII.

SUBIENDO POR EL KAMA.

Al dia siguiente, 18 de julio, á las seis y cuarenta de la mañana, el *Cáucaso* llegó al embarcadero de Kazan, separado de la ciudad por una distancia de siete verstas, ó sean siete kilómetros y medio.

Kazan está situada en la confluencia del Volga y del Kazanka. Es una importante capital de gobierno y de arzobispado griego, al mismo tiempo que de universidad. La poblacion, variada de este gobierno, se compone de cheremisos, de mordrianos, do chuvacos, de volsalkos, de vigulichos y de tártaros, habiendo esta última raza, conservado mas especialmente el carácter asiático.

Aunque la ciudad está bastante apartada del embarcadero, una multitud numerosa llenaba el muelle, con el deseo de saber noticias. El gobernador de la provincia habia dado un decreto idéntico al de su colega de Nijni-Novgorod. Véanse allí tártar-

ros vestidos de caftanes de mangas cortas y cubierta la cabeza con gorros puntiagudos, cuyas anchas alas se parecen al sombrero tradicional del payaso. Otros, envueltos en una larga hopalanda con la cabeza cubierta de un casquete pequeño, parecían judíos polacos. Mujeres con el pecho lleno de adornos y colgajos relucientes, y la cabeza coronada de una diadema en forma de media luna, formaban diversos grupos ruidosos y discutidores.

Oficiales de policía mezclados entre la multitud, y algunos cosacos con lanza en mano mantenían el orden, y hacían abrir calle, lo mismo para los pasajeros que salían del *Cáucaso*, que para los que se embarcaba, pero después de haber examinado minuciosamente estas dos categorías de viajeros. Todos eran, ó asiáticos á quienes comprendía el decreto de espulsión, ó familias de mugiks que se detenían en Kazan.

Miguel Strogoff miraba con aire indiferente el movimiento particular de todo embarcadero á donde acaba de llegar un vapor. El *Cáucaso* debía detenerse en Kazan una hora, tiempo necesario para la renovación de su combustible.

No le ocurrió siquiera la idea de desembarcar, porque no quería dejar sola á la joven livonia, que todavía no se había presentado sobre el puente.

Los dos periodistas se habían levantado antes del alba, como cazadores diligentes. Bajaron al muelle y se mezclaron entre la multitud, cada uno por su parte. Miguel Strogoff observó por un lado á Enrique Blount con el cuaderno en la mano, dibujando con lápiz algunos tipos ó anotando algunas obser-

vaciones, y por otro lado á Alcides Jolivet, contentándose con hablar, seguro de su memoria que no le dejaria olvidar nada.

En toda la frontera oriental de la Rusia corria el rumor de que la sublevacion y la invasion tomaban considerables proporciones. Las comunicaciones entre la Siberia y el imperio eran ya muy dificiles, y esto, sin necesidad de salir del puente del *Caucaso*, lo oyó decir Miguel Strogoff á los recién embarcados.

Estas noticias no dejaban de causarle verdadera inquietud, y escitaban el imperioso deseo que tenia de encontrarse al otro lado de los Montes Urales, á fin de juzgar por sí mismo de la gravedad de los acontecimientos y ponerse en disposicion de atender á todo evento. Iba ya, tal vez, á pedir noticias mas circunstanciadas á algun indígena de Kazán, cuando de repente se distrajo su atencion por otra circunstancia.

Entre los viajeros que dejaban el *Caucaso*, observó la banda de gitanos que la víspera figuraba en la feria de Nijni-Novgorod. Allí, en el puente del vapor se encontraban el viejo gitano y la mujer que le habian tratado de espía. Con ellos, bajo su direccion sin duda, desembarcaban unas veinte mujeres, bailarinas y cantadoras de quince á veinte años, envueltas en malas mantas, que cubrian sus vestidos llenos de lentejuelas.

Aquellos vestidos, iluminados entonces por los primeros rayos del sol, recordaron á Miguel Strogoff el efecto singular que habia observado durante la noche. Era todo el relumbron gitano que habia

resplandecido en la sombra, cuando la chimenea del vapor vomitaba alguna llama.

—Es evidente, dijo, que esta tropa de gitanos, despues de haber permanecido bajo el puente, durante el dia, ha venido á pasar la noche bajo el castillo de proa. ¿Querian darse á luz lo menos posible? No son estas, sin embargo, las costumbres de su raza.

Miguel Strogoff no dudó entonces que las palabras que le concernian directamente habian partido de aquel grupo negro, salpicado de los resplandores de á bordo, y se habian cruzado entre el viejo gitano y la mujer á quien habia dado el nombre mogol de Sangarra.

Así, pues, por un movimiento involuntario se dirigió hácia la salida en el momento en que la banda de gitanos iba á dejar el buque para no volver.

Allí estaba el viejo gitano, en humilde actitud, poco conforme con el descaro natural de su compañera. Hubiérase dicho que trataba mas bien de evitar las miradas, que de atraerlas. Su sombrero, en estado lastimoso, tostado por todos los soles del mundo, se abatia profundamente sobre su arrugada cara. Su espalda, encorvada, iba vestida de una túnica vieja en que se envolvia estrechamente, á pesar del calor, y hubiera sido difícil, bajo aquel miserable traje, juzgar de su estatura y de su rostro.

Cerca de él la gitana Sangarra, mujer de treinta años, morena, alta, bien formada, con ojos magníficos y cabellos dorados, se mantenía en actitud altanera.

Entre las jóvenes bailarinas, muchas eran notablemente lindas, con el tipo francamente acentuado de su raza. Las gitanas tienen generalmente grandes atractivos, y mas de uno de esos grandes señores rusos, que hacen profesion de luchar en estravagancia con los ingleses, no ha vacilado en elegir mujer entre ellas.

Una de ellas talareaba una cancion de un ritmo extraño, cuyos primeros versos pueden traducirse así :

Luce el coral sobre mi piel morena,
Y en mi peinado la agujeta de oro.
Voy á buscar fortuna á los paises,
Donde.

La alegre jóven continuó su cancion sin duda, pero Miguel Strogoff no la oyó ya.

En efecto, le pareció que la gitana Sangarra le miraba con insistencia singular, como si quisiera grabar en su memoria los rasgos de su fisonomía.

Pocos instantes despues, Sangarra desembarcaba la última : el viejo y su banda habian salido ya del *Cáucaso*.

¡Vaya una gitana descarada! se dijo á sí mismo Miguel Strogoff. ¿Habrá creído ver en mí el hombre á quien trató de espía en Nijni-Novgorod? Esos condenados gitanos tienen ojos de gato. Ven claro por la noche, y esta podria, quizá, saber...

Miguel Strogoff estuvo á punto de seguir á Sangarra y su gente, pero se detuvo.

—No, pensó, no demos un paso imprudente. Si hago prender á ese viejo gitano y á su banda, mi

incógnito puede revelarse. Por otra parte ya han desembarcado, y antes que hayan pasado la frontera estaré yo lejos del Ural. Bien sé que pueden tomar el camino de Kazan á Ichim, però no ofrece ningun recurso, y un tarentas con buenos caballos de Siberia, siempre adelantará á un carro de gitanos. Vamos, amigo Korpanoff, estate quieto.

Además, en aquel momento, Sangarra, como el gitano, habian desaparecido entre la multitud.

Si Kazan es justamente llamada la *Puerta del Asia*, y está considerada como el centro de todo el tránsito del comercio de Siberia y de Bukhara, es porque vienen á unirse allí dos caminos que dan paso al través de los Montes Urales. Pero Miguel Strogoff, muy juiciosamente habia elegido el que vá por Pem, Ekaterinburg y Tiumen.

Este es el gran camino de postas bien provisto de posadas, mantenidas á espensas del Estado, y que se prolonga desde Ichim hasta Irkutsk.

Es verdad que otro camino, aquel de que acababa de hablar Miguel Strogoff, evitando el pequeño rodeo de Perm, une igualmente á Kazan con Ichim, pasando por Yelabuga, Meuzelinsk, Rirsk, Zlatoust, donde deja la Europa, Tchelabinsk, Chadrinsk y Kurganne. Quizá tambien es un poco mas corto que el otro; pero disminuyen mucho esta ventaja la ausencia de casas de posta, la mala conservacion de la carretera y la escasa poblacion. Miguel Strogoff habia, pues, elegido sábiamente su ruta; y si como era probable, los gitanos seguian el segundo camino de Kazan á Ichim, tenia todas las probabilidades de llegar antes que ellos.

Una hora despues la campana tocaba en la proa del *Cáucaso* llamando á los nuevos pasajeros y á los antiguos. Eran las siete de la mañana; acababa de terminarse la carga del combustible, y las puertas de las calderas se estremecian bajo la presion del vapor que estaba pronto á marchar.

Los viajeros que iban de Kazan á Perm ocupaban ya sus sitios á bordo.

En aquel momento Miguel Strogoff observó que de los dos periodistas, Enrique Blount era el único que habia vuelto al *Cáucaso*.

¿Iba á quedarse en tierra Alcides Jolivet?

Pero en el instante en que se desprendian las amarras apareció este corriendo. El buque se habia ya separado de la orilla, y la tabla de paso se habia retirado sobre el muelle; pero Alcide Jolivet no se cuidó de tan poca cosa, y saltando con la ligereza de un clown cayó sobre el puente del *Cáucaso* en los brazos de su colega.

—He creido que el *Cáucaso* iba á marchar sin usted, dijo éste en torno agridulce.

—¡Bah! respondió Alcides Jolivet, ya le hubiera yo á usted alcanzado, aunque hubiese tenido que fletar un barco á espensas de mi prima, ó correr la posta á veinte kopeks por versta y por caballo. ¡Qué quiere usted! estaba lejos el telégrafo del embarcadero.

—¿Ha ido usted al telégrafo? preguntó Enrique Blount mordiéndose los labios.

—Sí señor, respondió á su vez Alcides Jolivet con su mas amable sonrisa.

—¿Y sigue funcionando hasta Kolyvan?

—Lo ignoro, pero puedo asegurar á usted, por de pronto, que funciona desde Kazan á París.

—¿Ha dirigido usted un telégrama... á su prima?

—Con entusiasmo.

—¿Ha sabido usted por consiguiente?...

—Oiga usted, padrecito, para hablar como los rusos, respondió Alcides Jolivet, yo soy buen muchacho y no quiero tener nada oculto para usted. Los tártaros, con Feofar-Khan á su cabeza, han pasado de Semipalatinsk y bajan el curso del Irtyche.

Aprovéchese usted de la noticia.

¡Cómo! habia una noticia tan grave, y Enrique Blount no la conocia, y su rival, que la habia sabido sin duda de algun habitante de Kazan, la habia trasmitido ya á París. ¡El periódico inglés estaba *distanciado*! Enrique Blount, cruzando las manos á la espalda, fué á sentarse á popa del vapor sin pronunciar una palabra.

A las diez de la mañana, la jóven livonia salió de su camarote y subió sobre el puente.

Miguel Strogoff se dirigió á ella y le tendió la mano.

Mira, hermana, dijo despues de haberla llevado hasta la proa del *Cáucaso*.

Y en efecto, el paisaje valia la pena de examinarlo con alguna atencion.

El *Cáucaso* llegaba en aquel momento á la confluencia del Volga y del Kama. Allí debia dejar el gran rio despues de haber bajado por él recorriendo un espacio de 400 verstas para subir por el Kama en un trayecto de 460, ó sean 490 kilómetros.

En aquel paraje los dos rios mezclaban sus cor-

rientes de color diverso, y el Kama prestaba á la orilla izquierda el mismo servicio que el Oka habia prestado á la orilla derecha al atravesar Nijni-Novogorod, sanificándola con sus lípidas aguas.

El Kama se abria en una grande estension, y sus orillas llenas de bosques presentaban un paisaje magnífico.

Algunas velas blancas animaban las hermosas aguas impregnadas de los rayos solares. Las costas plantadas de alisos, sauces y á veces de grandes encinas, cerraban el horizonte con una línea armoniosa que al resplandor del sol del medio dia se confundia en ciertos puntos con el fondo del cielo.

Pero aquellas bellezas naturales no tuvieron el poder de cambiar un instante el curso de los pensamientos de la jóven livonia. No veia mas que una cosa, el fin de su viaje; y el Kama no era para ella mas que un camino mas fácil que otro para llegar á él. Sus ojos brillaban estraordinariamente, mirando hácia el Este como si hubieran querido penetrar con su mirada aquel impenetrable horizonte.

Nadia habia dejado su mano en la de su compañero, y volviéndose hácia él le preguntó:

—¿A qué distancia estamos de Moscou?

—A 900 verstas, respondió Miguel Strogoff.

—¡Nuevecientas para 7,000! murmuró la jóven.

Era la hora del almuerzo, que se anunciaba por el sonido de la campana. Nadia siguió á Miguel Strogoff al comedor del buque. No quiso tocar á los entremeses que se servian aparte, como caviar, arenques cortados en pedazos, aguardiente de centeno anisado, cosas todas destinadas á estimular el

apetito segun el uso comun en todos los paises del Norte, en Rusia como en Suecia y en Noruega. Comió poco y quizá como una pobre jóven cuyos recursos son muy limitados. Miguel Strogoff creyó, pues, de su deber contentarse con la comida que iba á bastar para su compañera, es decir, con un poco de *Kulbat*, especie de pastel hecho de harina, de huevo, arroz y carne machacada, lombarda con caviar y the por toda bebida (1).

Aquella comida no fué, pues, larga ni costosa, y menos de veinte minutos despues de haberse puesto á la mesa, Miguel Strogoff y Nadia volvieron á subir juntos al puente del *Cáucaso*.

Entonces se sentaron á proa y sin mas preámbulos Nadia bajando la voz de una manera que no pudiese oirla nadie mas que Miguel Strogoff, le dijo:

—Hermano, soy hija de un desterrado. Me llamo Nadia Fedor. Mi madre ha muerto en Riga hace apenas un mes, y voy á Irkutsk á unirme con mi padre para compartir con él su destierro.

—Yo tambien voy á Irkutsk, respondió Miguel Strogoff, y miraré como un favor del cielo el poder entregar á Nadia Fedor sana y salva en brazos de su padre.

—Gracias, hermano, respondió Nadia.

Miguel Strogoff añadió entonces que habia obtenido un *podaroshna* especial para la Siberia, y que por parte de las autoridades rusas ningun obstáculo podria oponerse á su marcha.

Nadia no le preguntó mas. No veia mas que una

(1) El caviar es un plato ruso que se compone de huevas de sollo saladas.

cosa en el encuentro providencial de aquel jóven sencillo y bueno: el medio de llegar hasta su padre.

—Yo tenia, dijo, un permiso que me daba autorizacion para ir á Irkutsk; pero el decreto del gobernador de Nijni-Novgorod ha venido á anularle, y sin tí, hermano, no hubiera podido salir de la ciudad donde me has encontrado, y en la cual seguramente habria muerto.

—Y sola, Nadia, dijo Miguel Strogoff, sola te atrevas á aventurarte al través de las llanuras de Siberia.

—Era mi deber, hermano.

—¿Pero no sabias que el país, sublevado é invadido, se habia puesto casi intransitable?

—No se sabia nada de la invasion tártara cuando yo he salido de Riga, respondió la jóven livonia; hasta que llegué á Moscou no supe la noticia.

—¡Y á pesar de eso has proseguido tu viaje!

—Era mi deber.

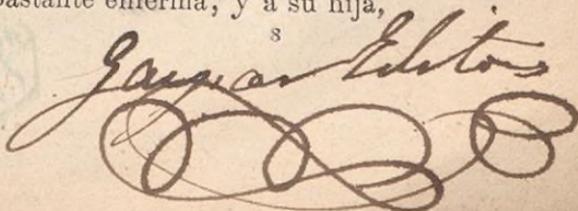
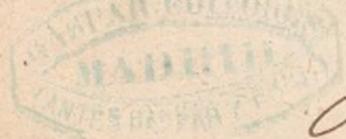
Esta palabra resumia todo el carácter de aquella animosa jóven. Nadia no vacilaba nunca en hacerlo que consideraba su deber.

Habló despues de su padre Wasili Fedor. Era un médico estimado en Riga, donde ejercia su profesion con éxito y vivia feliz en medio de los suyos. Pero habiéndose descubierto su afiliacion á una sociedad secreta estrangera, recibió la orden de marchar para Irkutsk, y los agentes de policia que le llevaron la orden le condujeron sin dilacion al otro lado de la frontera.

Wasili Fedor no tuvo mas tiempo que el de abrazar á su mujer, ya bastante enferma, y á su hija,

8

José de los Rios

que quizá iba á quedar sin apoyo, y marchó á su destino llorando por la suerte de aquellos dos seres queridos.

Hacia dos años que vivia en la capital de la Siberia Oriental, y allí habia podido continuar ejerciendo, aunque con muy escaso provecho, su profesion de médico. Sin embargo, tal vez habria sido dichoso, tanto como puede serlo un desterrado, si hubiera tenido á su lado á su mujer é hija. Pero la señora Fedor, ya muy debilitada, no habria podido salir de Riga aunque lo hubiese intentado. Veinte meses despues de la marcha de su marido murió en los brazos de su hija, dejándola sola y casi sin recursos. Nadia Fedor pidió y obtuvo entonces fácilmente del gobierno ruso la autorizacion de marchar á Irkutsk á reunirse con su padre. Le escribió que iba á ponerse en camino; apenas tenia lo suficiente para tan largo viaje, y sin embargo no habia vacilado en emprenderlo. Hacia lo que podia... y Dios haria lo demás.

Durante esta conversacion el *Cáucaso* subia la corriente del rio. Habia llegado la noche, y el aire se impregnaba de una frescura deliciosa; millares de chispas se escapaban de la chimenea del vapor alimentada por madera de pino, y con el murmullo de las aguas que rompía la roda se mezclaban los ahullidos de los lobos que infestaban en la oscuridad la orilla derecha del Kams.



CAPITULO IX.

EN TARENTAS NOCHE Y DIA.

A la mañana siguiente, 18 de julio, el *Cáucaso* se detenía en el desembarcadero de Perm, última estación que recorría á orillas del Kama. El gobierno cuya capital es Perm, es uno de los mas estensos del imperio ruso, y atravesando los montes Urales entra en el territorio de la Siberia. En él se esplotan en grande canteras de mármol, salinas, yacimientos de platino y de oro y minas de carbon. La ciudad de Perm, destinada á la categoría de ciudad de primer orden, no lo es todavía, y presenta pocos atractivos; siendo muy súcia, muy fangosa, y no ofreciendo recurso ninguno. Para los que van de Rusia á Siberia, esta falta de comodidad es casi indiferente, porque proceden de lo interior y van provistos de todo lo necesario; mas á los que llegan de los países del Asia Central despues de un viaje largo y penoso no desagradaria sin duda que la primera ciudad europea del imperio situada en la frontera asiática estuviese mejor provista.

En Perm los viajeros venden sus vehículos mas ó

menos deteriorados á consecuencia de una larga travesía por las llanuras de la Siberia, y allí los que pasan de Europa á Asia compran carruajes durante el verano y trineos en el invierno antes de lanzarse á un viaje de muchos meses por las estepas.

Miguel Strogoff habia ya arreglado su programa de viaje y no tenia que hacer mas que ejecutarlo.

Existe un servicio de correos que atraviesa rápidamente la cadena de los montes Urales; pero en aquellas circunstancias este servicio se hallaba desorganizado. Aunque no lo hubiera estado, Miguel Strogoff, que queria viajar rápidamente sin depender de nadie, no hubiera tomado el coche correo. Preferia con razon comprar un carruaje y correr de casa de postas en casa de postas, activando por medio de *na rodkus* supletorios el celo de los postillones, llamados *yemshiks* en el pais.

Por desgracia, á consecuencia de las medidas adoptadas contra los extranjeros de origen asiático, un gran número de viajeros habian salido ya de Perm, y por consiguiente, los medios de transporte eran muy raros, teniendo Miguel Strogoff que contentarse con el deshecho de los demás. En cuanto á caballos, mientras el correo del czar no estuviese en Siberia, podria sin peligro mostrar su *podaroshna* y los maestros de postas se los darian con preferencia. Pero despues, y una vez fuera de la Rusia Europea, no podria contar sino con la influencia de los rublos.

Pero á qué genero de vehículo enganchar los caballos? ¿A una telega ó á un tarentas?

La telega es ni mas ni menos que un verdadero carro descubierto, de cuatro ruedas, en cuya construccion no entra absolutamente mas que madera. Ruedas, ejes, tornillos, caja, varas, todo es producto de los árboles de las cercanías, y el ajuste de las diversas piezas de que se compone la telega se obtiene por medio de toscas cuerdas. Nada mas primitivo, nada menos cómodo, pero tambien nada mas fácil de componer si ocurre algun accidente en el camino. Los abetos abundan en la frontera rusa, y los ejes de esta especie de carros crecen naturalmente en los bosques. Por medio de la telega se corre la posta extraordinaria conocida con el nombre de *perekladnoi*, para la cual todos los caminos son buenos. Verdad es que algunas veces se rompen las ligaduras que sujetan el aparato, y mientras el juego trasero queda atascado en algun bache, el delantero llega á la parada de postas con las otras dos ruedas; pero este resultado es considerado como satisfactorio.

Miguel Strogoff habria tenido que contentarse forzosamente con una telega si no hubiera sido bastante afortunado para encontrar un tarentas.

No ciertamente que este vehículo sea la última perfeccion del progreso de la industria cochera. Carece de resortes como la telega; abunda en madera á falta de hierro; pero sus cuatro ruedas apartadas ocho ó nueve pies al extremo de cada eje le aseguran cierto equilibrio en aquellos caminos accidentados y desnivelados. Un guarda-lodo protege á los viajeros contra el fango del camino, y una fuerte capota de cuero que puede bajarse y cerrarse casi herméticamente, hace su ocupacion menos desagra-

dable en los grandes calores y durante las borrascas violentas del verano. Por otra parte el tarentas es tan sólido y tan fácil de recomponer como la telega y está menos espuesto á dejar el juego trasero en medio del camino.

Por lo demás, solo despues de minuciosas investigaciones logró Miguel Strogoff descubrir aquel tarentas, único quizá que habia en toda la ciudad de Perm. Sin embargo, regateó mucho el precio para guardar la forma, á fin de permanecer dentro de su papel de Nicolás Forpanof, simple negociante de Irkutsk.

Nadia siguió á su compañero en sus pesquisas en busca de un vehículo, y aunque cada uno de los dos llevaba un objeto diferente, ambos tenian prisa por llegar á su destino, y de consiguiente por ponerse en marcha. Parecia que una misma voluntad les animaba.

—Hermana, dijo Miguel Strogoff, habria deseado encontrar para tí un carruaje mas cómodo.

—¿Cómo me dices eso, hermano, cuando sabes que seria capaz de ir á pie en caso necesario para reunirme con mi padre?

—No dudo de tu valor, Nadia, pero hay fatigas físicas que una mujer no puede soportar.

—Yo las sufriré cualesquiera que sean, respondió la jóven. Si oyes que se escapa una queja de mis labios, déjame en el camino y continúa solo tu viaje.

Media hora despues, en vista del podaroshna, se hallaban enganchados tres caballos de posta al tarentas. Aquellos animales, cubiertos de largo pelo,

parecian osos sobre sus cuatro patas. Eran pequeños, pero vivos y de raza siberiana.

El yemschik ó postillon les habia enganchado de esta manera: el uno, el mayor, estaba entre las dos largas varas que llevaban á su extremo anterior un cerco llamado duga, cargado de penachos y campanillas, los otros dos iban simplemente enganchados por cuerdas á los estribos del tarentas. Por lo demás, carecian de arneses, y por riendas llevaban una simple cuerda.

Ni Miguel Srogóff ni la jóven livonia llevaban grande equipaje. Las condiciones de rapidez con que debia hacerse el viaje del uno, y los recursos mas que modestos de la otra, les habian impedido llevar muchos bultos de peso. Esta circunstancia era feliz, pues el tarentas no hubiera podido llevar los equipajes ó los viajeros. Estaba hecho para dos solas personas, sin contar el yemschik, que no se mantenía sobre su asiento estrecho sino por un milagro de equilibrio.

Por lo demás, el yemschik se cambia á cada parada. Aquel á quien correspondia la conduccion del tarentas durante la primera etapa, era siberiano como sus caballos y no menos peludo que ellos: llevaba el cabello largo, cortado sobre la frente, sombrero de alas levantadas, cinturón rojo y capote adornado con galones cruzados y botones con la cifra imperial.

Al llegar con su atalaje habia dirigido una mirada investigadora á los viajeros del tarentas. No tenían equipaje, y además, ¿dónde diablos lo habrian podido poner? Así, pues, aparencia pobre, lo cual

produjo en su fisonomía un gesto muy significativo.

—Cuervos, dijo sin cuidarse de que le oyeran ó nó, cuervos á seis kopecks por versta.

—No, águilas, respondió Miguel Strogoff que comprendia perfectamente el lenguaje de los yemshiks, águilas, ¿lo oyes? á nueve kopecks por versta, y además la propina.

El postillon le respondió chasqueando alegremente su látigo. El *cuervo* en el lenguaje de los postillones rusos es el viajero avaro ó indigente que en las paradas de posta no paga los caballos sino á dos ó tres kopecks por versta. El *águila* es el viajero que no retrocede ante la carestía y dá grandes propinas. Así, el cuervo no puede tener la pretension de volar tan rápidamente como el ave imperial.

Nadia y Miguel Strogoff tomaron inmediatamente asiento en el tarentas. Algunas provisiones de poco volúmen colocadas en una caja debian permitirles en caso de retraso tomar alimento hasta llegar á las paradas de posta, que están bastante bien acondicionadas bajo la vigilancia del Estado. Se bajó la capota, porque el calor era insoportable, y á las doce del dia el tarentas, arrastrado por sus tres caballos salia de Perm en medio de una nube de polvo.

La manera con que el yemshik mantenía la marcha del ganado hubiera sido ciertamente observada por cualesquiera otros viajeros que no fuesen rusos ni siberianos y no hubieran estado habituados á ella.

En efecto, el caballo de varas, regulador de la marcha y un poco mayor que sus compañeros, conservaba imperturbablemente, y cualesquiera que fuesen los accidentes del camino, un trote largo, pero de una regularidad perfecta. Los otros dos caballos no parecían conocer mas paso que el galope, y marchaban haciendo movimientos desordenados y divertidos. El yemchiks no les pegaba; cuando mas, lo que hacia, era estimularles con algunos chasquidos sonoros de su látigo. ¡Pero qué de epítetos les prodigaba cuando se conducían como animales dóciles y concienzudos, sin contar los nombres de santos que les daba! La cuerda que le servía de rienda no hubiera tenido influencia alguna en animales medio desbocados; pero las palabras *na pravo*, que quieren decir, á la derecha, ó *na levo*, que significa á la izquierda, pronunciadas con voz gutural, producían mejor efecto que las bridas.

¡Y qué amables interpelaciones, según las circunstancias!

—¡Adelante, palomas mías! repetía el yemchik. ¡Adelante, lindas golondrinas! ¡Volad, pichoncitos! ¡Firme, primo de la izquierda! ¡Anda, anda, padrecito de la derecha!

Pero también cuando la marcha se detenía, ¡qué de expresiones insultantes cuyo valor parecían comprender los sensibles animales!

—¡Arre, caracol del demonio! ¡Maldito seas, caracol! ¡Te voy á desollar vivo, tortuga, y serás condenado en el otro mundo!

Sea lo que quiera, de esta manera de conducir el carruaje, que exige mas solidez de garganta que

vigor de brazo en los yemchik, el tarentas volaba por el camino y devoraba de doce á catorce verstas por hora.

Miguel Strogoff estaba acostumbrado á aquel género de vehículos y á aquella manera de trasporte. Ni los tumbos, ni los tropezones, ni los vaivenes le podian incomodar. Sabia que un tiro de caballos ruso no evita ni los guijarros, ni los baches, ni los hoyos, ni los árboles derribados, ni los fosos que atraviesan el camino. Su compañera corria el riesgo de herirse con los saltos del carruaje, pero no se quejaba.

Durante los primeros momentos del viaje, Nadia así llevada á gran celeridad, permaneció silenciosa. Despues, animada cada vez mas de su pensamiento único de llegar á su destino, dijo:

—He contado trescientas verstas entre Perm y Ekatesimburg, ¿me he engañado, hermano?

—No te has engañado, Nadia, respondió Miguel Strogoff, y cuando hayamos llegado á Ekaterimburg estaremos al pie de los montes Urales, en la vertiente opuesta.

—¿Cuánto tardaremos en atravesar los montes?

—Cuarenta y ocho horas, porque caminaremos noche y dia. Digo noche y dia, Nadia, porque no puedo detenerme ni un instante, y necesito marchar sin descanso hácia Irkutsk.

—No te detendré, hermano, ni una sola hora, y viajaremos noche y dia.

—Pues bien, Nadia, si la invasion tártara nos deja el camino libre, antes de veinte dias habremos llegado.

—¿Has hecho ya este viaje? preguntó Nadia.

—Varias veces.

—Durante el invierno habríamos caminado mas deprisa y con mas seguridad ¿no es cierto?

—Sí, sobre todo con mas rapidez, pero tú padecerias mucho con el frio y con la nieve.

—¿Qué importa? el invierno es el amigo del ruso.

—Sí, Nadia, pero se necesita un temperamento á toda prueba para resistir á semejante amistad. Yo he visto muchas veces la temperatura descender en las estepas de Siberia á mas de cuarenta grados bajo cero. He sentido á pesar de mis vestidos de piel de reno (1) entorpecerse mi corazon, retorcerse mis miembros, helarse mis pies bajo su triple calzado de lana. He visto los caballos de mi trineo cubiertos de una concha de hielo y su respiracion fijada en las narices. He visto el aguardiente de mi gurda cambiarse en piedra dura que no podia cortarse con el cuchillo... Pero mi trineo volaba como el huracan sin obstáculo en la llanura, nivelada y blanca hasta perderse de vista, sin corrientes de agua cuyo vado hubiera que buscar, sin lagos que atravesar en barca; por todas partes el hielo duro, el camino libre y seguro. ¡Pero á costa de qué padecimientos, Nadia! Solo podrian decirlo aquellos que no han vuelto y cuyos cadáveres han quedado en breve cubiertos por las ventiscas.

—Sin embargo, tú has vuelto, hermano, dijo Nadia.

(1) Estos vestidos se llaman dakha, son muy ligeros y sin embargo, absolutamente impermeables al frio.

—Sí, pero yo soy siberiano, y desde niño, como seguía á mi padre á la caza, me acostumbré á tan duras pruebas. Pero tú, cuando me has dicho, Nadia, que el invierno no te habria detenido, que habrias marchado sola, espuesta á luchar contra la temible intemperie del clima siberiano, me ha parecido verte perdida entre la nieve y cayendo para no volver á levantarte.

—¿Cuántas veces has atravesado la estepa durante el invierno? preguntó la jóven livonia.

—Tres veces, Nadia, cuando he ido á Omsk.

—¿Y qué has ido á hacer á Omsk?

—He ido á ver á mi madre que me esperaba.

—Y yo voy á Irkutsk á ver á mi padre, que me espera. Voy á llevarle las últimas palabras de mi madre, lo cual quiere decir, hermano, que nada habria podido impedirme marchar.

—Eres una valiente jóven, Nadia, respondió Miguel Strogoff, y Dios mismo te habria guiado.

Durante este dia, el tarentas marchó rápidamente, conducido por los yemchiks, que se sucedieron á cada parada. Las águilas de la montaña no se hubieran creído deshonradas por aquellas águilas de camino real. El alto precio pagado por cada caballo, las propinas generosamente distribuidas, recomendaban á los viajeros de un modo especial. Quizá los maestros de posta estrañaron que despues de la publicacion del decreto un jóven y su hermana, evidentemente rusos ambos, pudieran correr libremente al través de la Siberia, cerrada para todos los demás; pero sus papeles estaban en regla y tenían el derecho de pasar adelante. Así, pues, el ta-

rentas dejaba rápidamente atrás los postes kilométricos.

Por lo demás, Miguel Strogoff y Nadia no eran los únicos que seguían el camino de Perm á Ekaterimburg. Desde las primeras paradas, el correo del czar supo que un carruaje le precedía; pero como no le faltaban caballos, no hizo caso por el momento de esta circunstancia. Durante aquella jornada, las cuatro paradas durante las cuales descansó el tarentas, no tuvieron mas objeto que tomar alimento. En las casas de posta se encuentran fácilmente alojamiento y comida; y aun á falta de casas de posta, la del campesino ruso no hubiera sido menos hospitalaria. En esas aldeas, que se parecen casi todas, con su capilla de paredes blancas y cubiertas verdes, el viajero puede llamar á todas las puertas, que le son inmediatamente abiertas. El mugik saldrá con rostro risueño y tenderá la mano á su huésped; le ofrecerá el pan y la sal, se pondrá el *samovar* al fuego, el viajero estará allí como en su casa, y la familia se saldrá de ella en caso necesario para hacerle lugar. El extranjero cuando llega es pariente de todos, *es el enviado de Dios*.

Al llegar por la noche Miguel Strogoff á la parada, movido por una especie de instinto, preguntó al maestro de posta cuántas horas le llevaba de delantera el carruaje que habia pasado antes.

—Dos horas, padrecito, le respondió el maestro de posta.

—¿Es una berlina?

—No, una telega.

—¿Con cuántos viajeros?

—Con dos.

—¿Van muy deprisa?

—¡Son águilas!

—¡Que enganchen al momento!

Miguel Strogoff y Nadia, decididos á no detenerse una hora, viajaron toda la noche.

El tiempo continuaba bueno; pero se conocia que la atmósfera iba haciéndose pesada y saturándose poco á poco de electricidad. Ninguna nube interceptaba los rayos estelares, y parecia que una especie de vapor cálido se levantaba del suelo. Era de temer que se desencadenase alguna tempestad en los montes, y las tempestades allí son terribles. Miguel Strogoff, acostumbrado á conocer los síntomas atmosféricos, presentia una próxima lucha de los elementos, lucha que no dejaba de ponerle en cuidado.

La noche pasó sin incidente; á pesar de los traqueteos del tarentas, Nadia pudo dormir algunas horas. La capota medio levantada permitia aspirar el poco aire que corria y que los pulmones buscaban ávidamente en aquella atmósfera sofocante.

Miguel Strogoff no durmió en toda la noche, desconfiando de los yemshiks, que se duermen con demasiada frecuencia en su asiento, y ni una hora se perdió en las paradas ni en el camino.

Al dia siguiente, 20 de julio, hácia las ocho de la mañana, se dibujaron hácia el Oriente los primeros perfiles de los montes Urales. Sin embargo, esta importante cordillera que separa la Rusia Europea de la Siberia, se hallaba todavía á gran distancia, y no podía esperarse llegar á ella hasta el

fin de la jornada. El paso de los montes debía pues, efectuarse necesariamente durante la noche próxima.

Aquel día el cielo estuvo constantemente cubierto, y por consiguiente la temperatura fue un poco mas soportable; pero el tiempo se presentaba grandemente tempestuoso.

Quizá con esta apariencia hubiera sido mas prudente no penetrar en la montaña de noche, y este es el partido que habria tomado Miguel Strogoff si le hubiera sido permitido esperar; pero cuando en la última parada el yemshik le hizo notar varios truenos que se oían en las profundidades del monte, se contentó con decirle:

—¿Nos precede una telega?

—Sí.

—¿Qué delantera nos lleva?

—Como una hora.

—Adelante, y triple propina si estamos mañana por la mañana en Ekaterimburg.

CAPITULO X.

UNA TEMPESTAD EN LOS MONTES URALES

Los montes Urales se desarrollan en una estension de cerca de 3,000 verstas (3,200 kilómetros), entre la Europa y el Asia. Llámense Urales, palabra de origen tártaro, ó Poyas, segun la denominacion rusa. El título es justo, pues que los dos nombres significan *cinturon* en ambas lenguas. En efecto, nacen en el litoral del mar Artico y van á morir á orillas del mar Caspio.

Tal era la frontera que Miguel Strogoff debia atravesar para entrar de Rusia en Siberia, y como hemos dicho, al tomar el camino que vá de Perm á Ekaterimburg, situada en la vertiente oriental de los montes Urales, habia obrado prudentemente por ser esta la vía mas fácil y segura, y la que sirve para el tránsito de todo el comercio del Asia Central.

Si no sobrevenia ningun accidente, la noche debia bastar para atravesar los montes. Por desgracia, los primeros truenos anunciaban una tempestad que parecia terrible á juzgar por el estado particular de

la atmósfera. La tension eléctrica era tal, que no podría resolverse sino por un choque violento.

Miguel Strogoff procuró que su jóven compañera quedase instalada lo mejor posible. La capota, que hubiera podido ser arrancada fácilmente por un golpe de viento, quedó sujeta muy sólidamente por medio de cuerdas que se cruzaban por cima y por detrás de ella; dobláronse las cuerdas del atalaje, y para mayor precaucion se llenó de paja el cubo de las ruedas y se aseguraron las galgas, tanto para aumentar la solidez como para suavizar el efecto de los choques, difíciles de evitar en una noche oscura. En fin, el juego anterior y posterior del carruaje, cuyos ejes estaban sujetos tan solo por clavijas á la caja del tarentas, quedaron unidos por una traviesa de madera sujeta por medio de pernos y tornillos. Esta traviesa hacia el oficio de la barra curva que en las berlinas de suspension sobre cuellos de cisne reune los dos ejes uno á otro.

Nadia ocupó su asiento en el fondo de la caja, y Miguel Strogoff se sentó á su lado; delante de la capota, completamente baja, colgaban dos cortinas de cuero que en cierto modo debian abrigar á los viajeros contra la lluvia y el viento.

Dos grandes faroles quedaron fijados al lado izquierdo del sitio del yemschik, y lanzaban oblicuamente pálidos resplandores poco á propósito para iluminar el camino. Pero eran los fuegos de posicion del vehículo, y si apenas disipaban la oscuridad, á lo menos podian impedir el choque con cualquier otro carruaje que viniese en sentido opuesto.

9
Guyon & Co

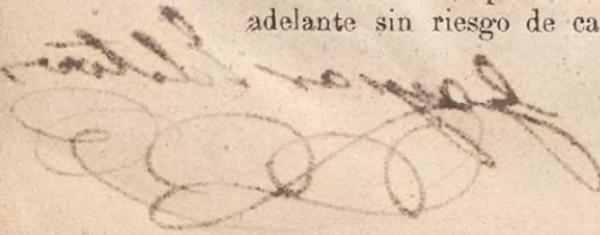
Como se vé, se habian tomado todas las precauciones posibles, y Miguel Strogoff habia obrado con prudencia en vista de los peligros que le amenazaban aquella noche.

—Nadia, todo está dispuesto, dijo Miguel Strogoff.

—Marchemos, respondió la jóven.

Se comunicó la orden al yemshik, y el tarentas comenzó á marchar subiendo las primeras rampas de los montes Urales.

Eran las ocho, é iba á ponerse el sol. Sin embargo el tiempo estaba ya oscuro á pesar del crepúsculo, que se prolonga mucho en aquella latitud. Enormes vapores parecian cubrir la bóveda del cielo; pero no habia viento ninguno que les moviese. Sin embargo, si permanecian inmóviles en el sentido de un horizonte al otro, no era así en el sentido del zenit al nadir y la distancia que les separaba del suelo disminuía á cada momento visiblemente. Algunas fajas de vapores esparcian una especie de luz fosforescente y subtendian á la vista arcos de sesenta á ochenta grados. Sus zonas parecian acercarse poco á poco al suelo y estrechaban su red en torno de la montaña como si algun huracan superior les hubiera impulsado de alto á bajo. Además, el camino subia hácia aquellas nubes muy espesas y que habian llegado ya á un grado estremo de condensacion. Dentro de poco tiempo el camino y los vapores se confundirian, y si en aquel momento las nubes no se resolvian en lluvia, la niebla seria tal, que el tarentas no podria seguir adelante sin riesgo de caer en algun precipicio.



Sin embargo, la cordillera de los montes Urales no es muy elevada. La altura de la cima mas alta no pasa de 5,000 pies. Allí son desconocidas las nieves eternas, y las que un invierno de Siberia amontona en las alturas se disuelven enteramente con el sol del verano. Las plantas y los árboles crecen en todas partes, y los yacimientos de piedras preciosas lo mismo que la explotación de las minas de hierro y cobre necesitan un concurso considerable de obreros; por lo cual se encuentran frecuentemente aldeas que se llaman *zavody*, y el camino, abierto al través de grandes desfiladeros, es bastante practicable para las sillas de posta.

Pero lo que es fácil durante el buen tiempo y á la luz del dia, ofrece dificultades y peligros cuando los elementos luchan violentamente entre sí y cogen á los viajeros en el centro de esta lucha.

Miguel Strogoff sabia por haberlo ya experimentado lo que es una tempestad en la montaña, y creia con razon aquel meteoro tan temible como las ventiscas que durante el invierno se desencadenan en aquel sitio con incomparable violencia.

Cuando salieron de la casa de postas no llovía todavía. Miguel Strogoff habia levantado las cortinas de cuero que protegian el interior del tarentas y miraba á todas partes observando los lados del camino, que á la luz vacilante de los faroles parecian poblados de fantásticos perfiles.

Nadia, inmóvil, con los brazos cruzados, miraba tambien, pero sin inclinar el cuerpo, mientras su compañero, sacándole casi fuera de la caja, interrogaba á la vez el cielo y la tierra.

La atmósfera estaba absolutamente tranquila, pero amenazadora. No se movía una molécula de aire; parecía que la naturaleza medio sofocada no respiraba ya, y que sus pulmones, es decir; aquellas nubes tristes y densas, atrofiados por alguna causa, no podían funcionar. El silencio hubiera sido absoluto sin el chirrido de las ruedas del tarentas, que aplastaba la grava del camino, el gemido de los cubos y los ejes de la máquina, la aspiración de los caballos faltos de aliento, y el ruido de sus herraduras en los guijarros que lanzaban chispas á su paso. Por lo demás, todo estaba desierto: el tarentas no se cruzaba con ningún viajero, ni á pié, ni á caballo, ni en carruaje, en aquellos estrechos desfiladeros del Ural y en aquella noche amenazadora. No se veía ni un fuego de carbonero en el monte, ni un campamento de mineros en las canteras explotadas, ni una cabaña perdida bajo la espesura. Se necesitaban motivos que no permitiesen vacilaciones ni retraso para emprender la travesía de la cordillera en aquellas condiciones. Miguel Strogoff no había vacilado; no le era permitido vacilar; pero entonces, y esto comenzó á llamarle singularmente la atención ¿quiénes podían ser aquellos viajeros cuya telega precedía á su tarentas y qué grandes razones podían tener para ser tan imprudentes?

Miguel Strogoff durante algún tiempo permaneció así en observación. A las once de la noche los relámpagos comenzaron á iluminar sin interrupción el cielo. A su rápido resplandor veíase aparecer y desaparecer la sombra de los grandes pinos que se agrupaban en diversos puntos de la cordillera. Des-

pues, cuando el tarentas se acercaba á la orilla del camino, los relámpagos mostraban profundos abismos á uno y otro lado. De cuando en cuando el ruido de las ruedas se oía mas bronco é indicaba que el carruaje atravesaba un puente de madera apenas labrada echado sobre algun barranco, y el trueno parecia zumbar por debajo de aquel puente. El espacio no tardó en llenarse de zumbidos monótonos que iban siendo tanto mas graves cuanto mas iba subiendo el carruaje á las alturas del monte. Con estos ruidos diversos se mezclaban los gritos y las interjecciones del yemschik, ya acariciando, ya riñendo á los pobres animales, mas fatigados de la pesadez del aire que de lo ágrio de la cuesta. Las campanillas de las varas no podian ya animarles, y por instantes se les doblaban las piernas.

—¿A qué hora llegaremos á la cima del monte? preguntó Miguel Strogoff al yemschik.

—A la una de la mañana... si llegamos, respondió el yemschik moviendo la cabeza.

—Dime, amigo, preguntó Miguel Strogoff, ¿supongo que no es esta la primera tempestad que has visto en la montaña?

—Nó, y plegue á Dios que no sea la última.

—¿Tienes miedo?

—No tengo miedo, pero te repito que has hecho mal en no quedarte esta noche en la casa de postas.

—Habria hecho peor en quedarme.

—¡Adelante, palomas mias! replicó el yemschik como hombre decidido á callar y obedecer.

En aquel momento se oyó un estrépito lejano como el de un millar de silbidos agudos y ensordecedo-

res que atravesaran la atmósfera, tranquila hasta entonces. Al resplandor de un inmenso relámpago que fue inmediatamente seguido de un terrible estallido del trueno, Miguel Strogoff vió grandes pinos que se retorcian en una cima. El viento se desencadenaba, pero no turbaba todavía mas que las capas altas del aire. Varios ruidos secos indicaron que ciertos árboles, viejos ó mal arraigados, no habian podido resistir al primer ataque de la borrasca. Una avalancha de troncos rotos atravesó el camino despues de haber rebotado formidablemente de roca en roca, y fué á perderse al abismo de la izquierda, á doscientos pasos delante del tarentas.

Los caballos se detuvieron repentinamente.

—¡Adelante, pichoncitos! gritó el yemschik, dando algunos chasquidos con el látigo que se confundieron con los zumbidos del trueno.

Miguel Strogoff tomó la mano de Nadia y le preguntó:

—¿Duermes, hermana?

—Nó, hermano.

—Disponte para todo, porque tenemos encima la tempestad.

—Estoy dispuesta.

Miguel Strogoff no tuvo tiempo mas que para cerrar las cortinas de cuero del tarentas.

La borrasca llegaba con la rapidez del rayo.

El yemschik, saltando de su asiento, se arrojó á la cabeza de los caballos á fin de mantenerlos en su sitio; porque un inmenso peligro amenazaba al carruaje y á los viajeros.

En efecto, el tarentas inmóvil, se hallaba entonces en un recodo del camino, por el cual desembocaba el huracan. Era preciso mantenerle firme contra el viento, sin lo cual el tarentas indudablemente habria volcado y hubiera sido precipitado en un profundo abismo que se hallaba á la izquierda del camino. Los caballos, rechazados por las ráfagas del viento, se encabritaban y su conductor no podia animarles. A las interpelaciones amistosas habian sucedido en su boca las calificaciones mas insultantes; pero todo en vano, los pobres animales, cegados por las descargas eléctricas, espantados por los estallidos incesantes del trueno, comparables solo á detonaciones de artillería, amenazaban romper sus cuerdas y escaparse. El yemschik no era ya dueño de contenerlos.

En aquel momento Miguel Strogoff, lanzándose de un salto fuera del tarentas, corrió á ayudarle; y dotado de una fuerza poco comun, logró, aunque no sin trabajo, contener á los caballos.

Pero la furia del huracan redoblaba. El camino en aquel paraje se ensanchaba en forma de embudo, por el cual entraba la borrasca como una de esas mangas de acreacion tendidas al viento abordo de los vapores. Al mismo tiempo una avalancha de piedras y troncos de árboles comenzaba á rodar de lo alto de la cuesta.

—No podemos permanecer aquí, dijo Miguel Strogoff.

—No permaneceremos mucho, exclamó el yemschik todo asustado y reuniendo todas sus fuerzas para que no le llevase el huracan: el viento nos en-

viará en breve al pié de la montaña por el camino mas corto.

—Sujeta tú el caballo de la derecha, miedo, replicó Miguel Strogoff. Yo te respondo del de la izquierda.

Un nuevo golpe de viento impetuoso interrumpió á Miguel Strogoff. El conductor y él tuvieron que echarse en tierra para no ser derribados; el carruaje, á pesar de sus esfuerzos y los de los caballos, retrocedió algunas varas, y sin un tronco de árbol que le detuvo, habria sido precipitado fuera del camino.

—¡No tengas miedo, Nadia, gritó Miguel Strogoff!

—No tengo miedo! respondió la jóven livonia sin que se descubriera en su voz la menor emocion.

El ruido de los truenos habia cesado un instante, y la espantosa borrasca despues de haber atravesado el recodo se perdia en las profundidades del desfiladero.

—¿Quieres que bajemos? preguntó el yemshik.

—No, es preciso subir, es preciso pasar este recodo, y mas arriba tendremos el abrigo de la cuesta de la derecha.

—Pero los caballos se niegan á seguir adelante.

—Haz como yo, y oblígales.

—La borrasca vá á volver.

—¿Obedecerás?

—¡Pues que tú lo quieres!

—Es el Padre el que lo manda, respondió Miguel Strogoff, que invocó por primera vez el nom-

bre del emperador, aquel nombre omnipotente hoy en tres partes del mundo.

—¡Adelante, mis golondrinas! exclamó el yemschik sujetando el caballo de la derecha, mientras Miguel Strogoff hacia otro tanto con el de la izquierda.

Los caballos así sostenidos echaron á andar. No podían inclinarse á un lado ni á otro, y el de varas, no estando incomodado en los costados, pudo conservar el centro del camino. Pero hombres y animales, cogidos de frente por las ráfagas, no podían andar tres pasos sin perder uno y á veces dos. Se deslizaban, caían, volvían á levantarse, y en aquellos esfuerzos el vehículo corría gran riesgo de descomponerse. Si la capota no hubiera estado sólidamente sujeta, el tarentas se habría quedado sin ella al primer golpe de viento.

Miguel Strogoff y el yemschik tardaron mas de dos horas en subir aquella parte del camino que no tenía mas que media versta y que se hallaba tan directamente espuesta al azote de la borrasca. El peligro no procedía solamente del formidable huracán que luchaba contra el carruaje y sus dos conductores, sino sobre todo de la lluvia de piedras y troncos derribados que la montaña sacudía y proyectaba sobre ellos.

De repente vieron uno de aquellos peñascos á la luz de un relámpago moverse con creciente rapidez y rodar en dirección del tarentas.

El yemschik lanzó un grito.

Miguel Strogoff con un vigoroso latigazo quiso hacer adelantar á los caballos, pero éstos se nega-

ron á dar algunos pasos que hubieran permitido al peñasco rodar libremente sin chocar con el tarentas.

Miguel Strogoff en un instante comprendió el peligro en que se hallaban el carruaje y la jóven que iba dentro de ser aplastados, y vió que no tenia ya tiempo de sacarla viva del vehículo.

Entonces, arrojándose á la zaga, y hallando en el mismo peligro una fuerza sobrehumana, puso la espalda al eje, arqueó los piés fijándolos en el suelo, y rechazó de este modo algunos pasos el pesado carruaje.

El enorme peñasco pasó rozando el pecho del jóven, cortándole la respiracion como hubiera podido hacer una bala de cañon, y aplastando los guijarros del camino que echaron chispas.

—¡Hermano! exclamó espantada Nadia que habia visto toda aquella escena á la luz del relámpago.

—Nadia, no temas nada.

—No es por mí por quien podria temer.

—Dios está con nosotros, hermana.

—Conmigo seguramente, hermano, pues que te ha puesto en mi camino, murmuró la jóven.

El empuje dado al tarentas por el esfuerzo de Miguel Strogoff no debia ser desaprovechado, y permitió á los caballos recobrar su primera direccion. Estos, arrastrados digámoslo así, por Miguel Strogoff y el yemshik, continuaron la subida hasta una garganta estrecha orientada al Sur y al Norte donde podian abrigarse contra los ataques directos de la tormenta. La rampa de la derecha formaba

allí una especie de rediente debido á la punta de una enorme roca que ocupaba el centro de un ventisquero. El viento no se arremolinaba allí y el sitio era sostenible, al paso que en la circunferencia ni hombres ni caballos hubieran podido resistir.

En efecto, algunos abetos cuya cima sobresalía de la arista de la roca fueron descabezados en un abrir y cerrar de ojos como si una hoz gigantesca hubiera rasado la rampa al nivel de su ramaje.

La tempestad estaba entonces en todo su furor. El resplandor de los relámpagos llenaba el desfilaro y los estallidos del trueno eran continuos. El suelo se estremecía bajo aquellos golpes furiosos como si la masa de los montes Urales hubiera estado sometida á una trepidacion general.

Por fortuna el tarentas habia podido resguardarse en una profunda anfractuosidad que no se encontraba directamente espuesta á los ataques del huracan. Pero no estaba tan bien defendido de los rebotes oblicuos ocasionados por las puntas salientes de la rampa que no le hiciesen sufrir á veces alguna sacudida violenta. Entonces chocaba contra la pared de la roca hasta el punto de hacer temer que se rompiera en mil pedazos.

Nadia tuvo que abandonar el sitio que ocupaba. Miguel Strogoff, despues de haber registrado aquel paraje á la luz de uno de los faroles, descubrió una escavacion hecha sin duda por el pico de algun minero, y la jóven pudo guarecerse en ella mientras llegaba la ocasion de continuar el viaje.

En aquel momento era la una de la mañana; la lluvia comenzó á caer, y pronto las ráfagas de agua

y viento adquirieron una gran violencia, sin poder extinguir sin embargo los fuegos del cielo. Semejante complicacion imposibilitaba toda tentativa de marcha.

Así pues, cualquiera que fuese la impaciencia de Miguel Strogoff, y ya se comprende que era grande, le fue necesario dejar pasar lo mas fuerte de la tormenta. Llegado que hubiera á la garganta misma que atraviesa el camino de Perm á Ekaterimburg, no tenia ya que hacer mas que bajar las pendientes de los montes Urales, y un descenso en tales condiciones por un camino surcado por los mil torrentes de la montaña entre torbellinos de airè y de agua era arriesgar absolutamente su vida y correr al abismo.

—Triste es tener que esperar, dijo entonces Miguel Strogoff, pero esperando se evitarán sin duda retrasos mayores. La violencia de la tempestad me hace creer que no durará mucho; hácia las tres de la mañana comenzará á amanecer, y la bajada, que ahora no podemos emprender en la oscuridad, será entonces, si nó fácil, á lo menos posible con la luz del dia.

—Esperemos, hermano, respondió Nadia, pero si te detienes, que no sea por evitarme ni el peligro ni la fatiga.

—Nadia, yo sé que estás decidida á arrostrarlo todo, pero comprometiéndonos los dos, yo arriesgaria mas que mi vida, mas que la tuya; faltaria á mi mision, al deber que ante todo tengo que cumplir.

—¡Un deber!... murmuró Nadia.

En aquel momento un violento relámpago desgarró el cielo y pareció volatilizar, por decirlo así, la lluvia. Resonó un golpe seco; el aire se llenó de un olor sulfuroso casi asfixiante, y un grupo de grandes pinos herido por el fluido eléctrico á veinte pasos del tarentas se inflamó como una antorcha gigantesca.

El yemschik, arrojado á tierra por efecto de la reaccion del choque, se levantó afortunadamente ileso.

Luego que los últimos ruidos del trueno se perdieron en las profundidades de la montaña, Miguel Strogoff sintió la mano de Nadia apoyarse fuertemente en la suya y oyó murmurar estas palabras su oído.

— ¡Gritos! hermano, escucha.

CAPITULO XI.

VIAJEROS PERDIDOS

En efecto, durante aquel momento de calma se oyeron gritos hácia la parte superior del camino, y á una distancia bastante próxima de la anfractuosidad que abrigaba al tarentas.

Eran gritos que parecian de desesperacion, evidentemente lanzados por algun viajero en peligro.

Miguel Strogoff escuchaba con el oido atento.

El yemschik escuchaba tambien, pero sacudiendo la cabeza como si le hubiera sido imposible responder á aquel llamamiento.

—¡Son viajeros que piden socorro! exclamó Nadia.

—¡Si no cuentan mas que con nosotros!... respondió el yemschik.

—¿Por qué no? exclamó Miguel Strogoff. Lo que ellos harian por nosotros en iguales circunstancias, ¿no deberemos hacerlo por ellos?

—¿Pero vas á esponer el carruaje y los caballos?

—Iré á pié, respondió Miguel Strogoff interrumpiendo al yemschik.

—Te acompañaré, hermano, dijo la jóven livonia.

—No, quédate, Nadia. El yemschik permanecerá á tu lado... No quiero dejarle solo.

—Me quedaré, respondió Nadia.

—Sucedá lo que quiera no salgas de este abrigo.

—Me encontrarás aquí.

Miguel Strogoff estrechó la mano de su compañera, y dando vuelta á la rampa desapareció inmediatamente en la sombra.

—Hace mal tu hermano, dijo el yemschik á la jóven.

—Hace bien, respondió sencillamente Nadia.

Entre tanto Miguel Strogoff subia rápidamente por el camino. Si tenia gran prisa por socorrer á los que necesitaban socorro, tenia tambien gran deseo de saber quiénes podrian ser aquellos viajeros que á pesar de la tempestad se habian aventurado á caminar por la montaña, porque no dudaba que serian los de la telega que desde algunos dias precedia constantemente á su tarentas.

La lluvia habia cesado, pero la borrasca aumentaba en violencia. Los gritos que la corriente atmosférica llevaba hasta los oídos de Miguel Strogoff se oian cada vez mas distintamente. Desde el sitio en que habia quedado Nadia no se podia ver nada. El camino era sinuoso y el resplandor de los relámpagos no dejaba apreciar mas que las puntas salientes de la rampa que cortaban el camino. Las ráfagas, rompiéndose bruscamente en todos aquellos ángulos formaban remolinos difíciles de atravesar y Miguel Strogoff necesitaba una fuerza poco comun para resistirlos.

Pero era evidente que los viajeros cuyos gritos se oían no debían estar lejos; y aunque Miguel no podía verlos, ya que hubiesen sido arrojados fuera del camino, ya que la oscuridad les ocultase á sus miradas, llegaban sus palabras bastante claras á su oído.

Ahora bien, lo que oyó no dejó de causarle cierta sorpresa.

— ¡Tunante! ¿volverás?

— Te haré dar de palos en la próxima parada.

— ¡Lo entiendes, postillon del diablo! ¡Eh! ¿no me oyes?

— ¡Vea usted cómo le conducen á uno en este país!

— ¡Y vea usted lo que llaman una telega!

— ¡Eh, estúpido! Marcha, marcha sin hacer caso y no vé que nos ha dejado en el camino.

— ¡Tratarme así, á mí, un inglés acreditado! ¡Me quejaré á la cancillería y te haré ahorcar!

El que hablaba así estaba verdaderamente encolerizado. Pero inmediatamente Miguel Strogoff observó que el segundo interlocutor se resignaba á lo que le pasaba, porque siguió á aquellas palabras una carcajada la mas inesperada en semejante escena.

— ¡Amigo mio, decididamente esto es lo mas original que he visto!

— ¡Se atreve usted á reír! respondió en tono ágrío el ciudadano del Reino Unido.

— Cierto, querido colega, y de muy buena gana, es lo mejor que puedo hacer, y le invito á usted, á que haga otro tanto. Palabra de honor, que esto es lo mas original y chusco que he visto.

1847
The following is a list of the
names of the persons who
were present at the
meeting of the
Board of Directors
of the
Company held on
the 1st day of
January 1847.

Los editores avisan que han adquirido el derecho esclusivo de traduccion y publicacion en España de las obras que dé á luz Julio Verne, y tambien la propiedad de los grabados de estas obras que publique el editor Etzel de Paris.

Los editores creen necesario dar este aviso para evitar mala inteligencia, como ha sucedido otras veces.